

EL ECO DE LEVANTE

Se publica cuatro veces al mes

Periódico para todos

Garrucha 29 de Agosto de 1899

PROPOSICIÓN DE LEY

Un Sr. Secretario lee:

Los diputados que suscriben, piden al Congreso que se sirva aprobar la siguiente proposición:

ARTÍCULO 1.º Se inclaye en el plan general de carreteras del Estado, entre las de tercer orden, una que partiendo de Garrucha a enlazar allí con la que va de Vera a aquella villa, pase por la cortijada de Cuartillas, término de Mojácar y cerca de las Alparatas, término de Turre, vaya siguiendo la orilla izquierda del río de Aguas, a terminar en los Gallardos, jurisdicción de Bedar, enlazando en aquél punto con la carretera general del Puerto Lumbreras a Almería.

Art. 2.º Para el cumplimiento de esta ley se observarán las prescripciones generales relativas a planes, estudio y construcción de carreteras del Estado.

Firmado.—*Fulano—Zutano—Zeterano.*

El Sr. Fulano: Pido la palabra.

El Sr. Presidente: La tiene su señoría.

El Sr. Fulano:

Sres. diputados: Pocas palabras diré en apoyo de la proposición que acaba de leerse, no sólo con el fin de fatigar lo menos posible vuestra atención, sino también porque tratándose de la concesión de un camino público para la provincia de Almería, que es la que peor está de comunicaciones, no necesito esforzarme mucho para justificar nuestra solicitud.

Diré, sin embargo, que siendo la vía de que se trata un trozo corto, cuyo recorrido apenas ha de llegar a diez kilómetros, y de un coste mesquino, puesto que no habrá en su construcción obras de fábrica importantes, porque no ha de atravesar ríos, ni desmonte de consideración, por ser llano el terreno en que ha de desarrollarse, es no obstante tal la extensión que ha de poner en comunicación, y el número de pueblos a que ha de servir, que dudo que pueda haber en España un camino tan necesario como éste.

La importante región de Sorbas, con casi todos los pueblos que enclavan en Sierra Filabres, Lubrin, Cobdar, Albanchez, Uleila, Lucainena, Lijar, Benizalón, Benitagla, Alcúdia, Tahal y otros, tienen a Garrucha como puerto más próximo para sus importaciones y exportaciones marítimas, y para llegar a él, necesitan ahora de dar la vuelta por Vera, alargándoseles el trayecto en más de quince kilómetros, que ahorrarían con la construcción de la carretera de que se trata.

Lo mismo pasa a Bedar, cuya riqueza en minas de hierro es famosa, y todavía a pesar de tener construido desde allí a Garrucha para transportar minerales un cable aéreo la Compañía de Águilas y un ferro-carril los Sres. Chávarri, irían por esta nueva carretera muchos productos de otras minas que no están próximas a esa vía, y que no pueden ser exportados hoy por lo costoso del recorrido.

Sería además muy apreciable la economía en el arrastre de todos los ricos productos de Sierra Cabrera que, a pesar de encontrarse a un paso de Garrucha, la comunicación es costosa y difícil, porque se hace aun por los caminos primi-

tivos que se ponen intranquilos en cuanto llueve un poco.

Por último, también se acortaría así la comunicación a la Capital, especialmente a Garrucha, Carboneras, Turre y Mojácar, cuyos vecinos tienen que retroceder más de diez kilómetros, para ir a buscar el punto de partida cuando se dirigen a ella.

Consideren, pues, los Sres. Diputados cuán injusto es que se ocasionen tan graves perjuicios a una extensa zona, ocupada por más de setenta mil habitantes, siendo de las más ricas de la Nación, y cuyos daños pueden evitarse a tan poca costa para la Hacienda, y no dudo que dareis unánimes vuestro asentimiento a nuestra petición.

He dicho.

Garrucha está hace tiempo anhelosa de ese camino. ¿No habrá alguna vez un senador ó un diputado que procure esa ley?

Aun no hemos perdido del todo las esperanzas.

NOTAS CUEVANAS

Ensueño

Había dejado la populosa corte envuelta en sus nubes interrumpidos plácemes; los monótonos silbidos de aquél monstruo de hierro que con vertiginosa marcha, me separaba de los lugares testigos de mi primera juventud, me hacían despertar del cunsi letargo en que me sumieran el recuerdo de lo que abandonaba y la ilusión de lo que iba a buscar.

A cada instante nuevos paisajes, alumbrados espléndidamente por una luna clarísima de estilo, se ofrecían a mi vista con esos tintes de plata que tantas endechas merecieron de poetas y cantores. Regiones distintas, con su diversidad de tipos y costumbres, eran atravesadas en su triunfal carrera por aquél tren que, allá en el rincón de uno de sus coches, torpemente alumbrado por la débil y oscilante luz que de su techo pendía, me dejaba tranquilo contemplar el cielo, salpicado de puntos brillantísimos, y dar rienda suelta a mi imaginación juvenil, que al nacer bajo un sol meridional, también cantaba sus poemas al Dios de la Naturaleza.

Muchas horas me aprisionó en aquella reducida estancia el manifestante elocuentísimo de la moderna civilización; por el Oriente dejó lucir sus rayos de fuego el astro del día; con su incesante crujir y su continuo rodar presenció el correo del progreso; durante todo el día, la carrera del sol. Un silbido estridente y prolongado, que repercutió en mis oídos como el clarín de la victoria, electrizó mis nervios, y como impulsado por una fuerza superior, salté de mi asiento, en el instante mismo que el tren refrénaba su marcha, y lanzando al viento espirales de humo blanquecino, se detenía frente a una estación que anunciaron con el mismo nombre que el del pueblo querido en que nació. El espectáculo ofrecido a mis ojos era de esos que no se saben describir; allá, por un lado, las producciones de su vega incomparable, formando una montaña, esperaban el momento de ocupar su sitio en los

vagones que, adicionados a los existentes, había de arrastrar el monstruo de entrañas de fuego; millares de personas, con sublime algazara, asaltaban, en confuso tropel, los ya incapaces departamentos; las risueñas y chispeantes frases de los viajeros, formaban la preciosa orla de aquél cuadro bellissimo; eran aquellas gentes las mismas que atestiguaron mi niñez; aquellos semblantes que daban, llenos de alegría, un adiós temporal a la ciudad querida, los mismos que yo había contemplado durante toda mi vida; aquellas manos, que con cariño estrechaban las mías, las mismas que me dieron la bienvenida a la vuelta de mis viajes de estudiante. En mi alma se anidó entonces un contento sin igual.

Otra vez silbó el tren, y de allí a unos instantes las frescas brisas del mar nos acariciaron como anunciándonos el beso de la hospitalidad; también en aquella estación de mi destino encontré brazos amigos que me estrecharon contra sus pechos, y alegre algazara formada por voces conocidas; me apeé del tren, yéndome a visitar los lugares recorridos durante todos los veranos que cuento de vida, lugares tan transformados que a duras penas les conociera; la pobre villa de pescalibres y veraneantes había desaparecido; población perfectamente urbanizada se ofreció a mi vista; suntuosos edificios; paseos bellamente adornados; cien chimeneas que formaban una especie de barrera y atestiguaban el progreso industrial; en el mar se internaba una férrea lengua, construida por el génio de la ciencia, y vencia, en pró del comercio, la oposición de las olas; infinidad de buques, meciéndose blandamente, se disputaban el primer puesto para transportar las riquezas, producidas por el incomparable suelo regional; las manifestaciones, en fin, más elocuentes del trabajo y del progreso se ofrecieron a mi contemplación, progreso que tuvo como piedra angular el paso de la primera locomotora que con su silbato despertó del letargo en que yacían las fuerzas vivas del país, el más rico, bajo todos estilos, de cuantos se asientan en la incomparable España.

Este fué el ensueño que mi deseo inspiró a mi imaginación; un acontecimiento puede darle los ropajes de la hermosa realidad.

P. Abellan Márquez.

25 Agosto 99.

INSTANTANEA

—(••)—
¡SALVADLE!

..... Y como el pobre enfermo está muy grave, como hemos ido dejando avanzar la enfermedad con una apatía criminal, como ya no podemos salvarle los simples curanderos, se hace preciso que en plazo breve haya consulta de médicos *ufamados*, especialistas que posean el don de curar la dolencia que padece el país, y de comun acuerdo receten un reconstituyente poderoso; llévase esa receta a la gran botica del Gobierno, y estamos seguros que a las primeras dosis experimentaríamos el paciente una rápida y fuerte reacción.

Supongamos que esos médicos que celebren consulta sean los Diputados y Senadores de esta